

Arqueología de la Guerra de Castas en Quintana Roo: el baluarte de Yo'okop y el camino a Chan Santa Cruz

El 30 de julio de 1847 una caterva de mayas rebeldes comandada por Cecilio Chi, atacó y saqueó la apacible población de Tepich, hecho que marcó el inicio de la Guerra de Castas de Yucatán, conflicto bélico que se prolongó hasta las primeras décadas del siglo xx.

Existe una amplia y variada bibliografía sobre la Guerra de Castas, la cual abarca desde testimonios, crónicas e historiografías, hasta profundos estudios y análisis detallados de ciertos aspectos particulares.¹ Destacan sobre todo las dramáticas crónicas acerca del ataque violento, saqueo y destrucción de las poblaciones, lo que impelió al abandono de la región del centro y oriente de Yucatán; las pertinaces y sangrientas batallas; el antagonismo nacido entre los cruzoob o “mayas rebeldes del oriente” y los “mayas pacíficos del sur”, quienes optaron por brindar apoyo al gobierno; los exangües esfuerzos de un desesperado ejército yucateco por someter a Chan Santa Cruz, capital y corazón de los rebeldes, para sofocar el conflicto; el tan triste como vergonzoso episodio de la venta de esclavos mayas a la isla de Cuba; el aspecto místico y sagrado de la guerra personificado en una cruz que hablaba; la formación y consolidación de un cacicazgo maya que se aferró a su independencia hasta el año de 1929, por mencionar sólo algunos pasajes.

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.

¹ Benito Aban May, *Historia de la Santísima Cruz Tun, Centro del Mundo*, Mérida, SEP/Dirección General de Culturas Populares, Unidad Regional Yucatán, 1982; Serapio Baqueiro, *Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán desde el año de 1840 hasta 1864*, Salvador Rodríguez Losa (ed.), Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1990; Alicia M. Barabas, *Profetismo, milenarismo y mesianismo en las insurrecciones mayas de Yucatán*, México, INAH (Cuaderno 14), 1974; Miguel Alberto Bartolomé y Alicia M. Marabas, *La resistencia maya. Relaciones interétnicas en el oriente de la península de Yucatán*, México, SEP/INAH (Científica, Etnología, 53), 1977; Lorena Careaga Viliesid, *Hierofanía combatiente. Lucha, simbolismo y religiosidad en la Guerra de Castas*, Chetumal, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología/ Universidad de Quintana Roo (Sociedad y Cultura en la vida de Quintana Roo, II), 1998; Marie Lapointe, *Los mayas rebeldes de Yucatán*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1983; Nelson Reed, *La Guerra de Castas de Yucatán*, México, Era, 1971; Alfonso Villa Rojas, *Los elegidos de Dios*, México, INI, 1987.

En contraste, la aportación de la arqueología sobre este tema ha sido más bien pobre, reducida a referencias aisladas y escuetas menciones, o bien, a breves descripciones de algunos vestigios, incluidas en los reportes de algunos trabajos de prospección.² Esta situación es lamentable si consideramos el enorme potencial que representaría el desarrollo de una arqueología histórica de la Guerra de Castas, dirigida a la localización e identificación de sitios de la época (campamentos, fortalezas, asentamientos, santuarios, etcétera) y al estudio y análisis sistemático de los mismos, lo que podría aportar información adicional sobre diversos aspectos de índole social, económica, militar, política y religiosa.³

El objetivo de este trabajo es ejemplificar el rico potencial arqueológico que existe en relación a la Guerra de Castas, para lo cual abordamos el tema de una importante vía de comunicación construida a finales del siglo XIX por el general Ignacio Bravo durante una célebre campaña militar, con la que se abrió paso a través del territorio enemigo, hasta la toma de la legendaria Chan Santa Cruz, capital política y religiosa de los mayas sublevados.

El proyecto consistió en la apertura de un camino fortificado, es decir, se trataba de una amplia vía cuya traza tomaba ventaja, tanto de la topografía de la zona como de los sectores más débiles del territorio crucoob, protegida con una serie de baluartes y puestos militares. Pero la

construcción de este camino y la anhelada reducción de los mayas no era sino sólo un primer eslabón en la cadena de un ambicioso proyecto de integración del territorio rebelde al desarrollo económico del país.

Además de la revisión de fuentes históricas y trabajos temáticos, buena parte de la información que aquí se presenta fue obtenida de una breve temporada de campo realizada en Yo'okop, en la zona central de Quintana Roo, sitio donde se localizaron dos de los fuertes construidos a finales del siglo XIX por el general Ignacio Bravo para protección del célebre camino.

El contexto histórico

El centro-oriente de Quintana Roo es una región de terreno accidentado donde abundan los lomeríos que se formaron como una derivación de la llamada "sierrita del Puuc" y que se prolonga hasta la provincia de Chetumal. Cubre la región un tipo de vegetación de bosque tropical muy denso que, conforme se avanza hacia la costa, gradualmente da paso a la sabana y al manglar.⁴

Durante la época prehispánica, la región contempló el desarrollo de importantes centros políticos, destacando Yo'okop durante el Clásico y Tihosuco e Ichmul durante el Posclásico.⁵ Más tarde, ya bajo el dominio español, hacia 1544-1546, la región fue pacificada y repartida en encomiendas para formar parte de la jurisdicción de los Beneficios Altos que dependía directamente de Valladolid.⁶

² Justine Shaw y Dave Johnstone, *Informe Final del Proyecto Arqueológico Yo'okop Cochuah Regional Archaeological Survey. Temporadas del 2000-2002*, Eureka, CA, College of the Redwoods, 2007; Reginald Wilson, "Okop: antigua ciudad maya de artesanos", en INAH, *Boletín*, época II-9, México, INAH, 1974, pp. 3-14; Luis Alberto Martos López, "Lalcah: un pueblo olvidado en la selva de Quintana Roo", en *Boletín de Monumentos Históricos*, núm. 7, 3a. época, México, INAH, 2007, pp. 2-20.

³ Luis Alberto Martos, "Para una arqueología de la Guerra de Castas", en *Patrimonio y Conservación. Arqueología*, México, INAH (Fuentes), 2000, p. 100.

⁴ A. Sánchez Crispín, "Características generales del medio físico en Quintana Roo", en *Problemática y perspectivas*, Cancún, Centro de Investigaciones de Quintana Roo, 1980, pp. 29-36.

⁵ Ralph L. Roys, *The Political Geography of the Yucatan Maya*, Washington, D. C., Carnegie Institution of Washington, Pub., núm. 6131957.

⁶ Peter Gerhard, *La frontera sureste de la Nueva España*, México, UNAM, 1991, pp. 62-63.

A una economía basada en la agricultura de maíz, frijol, calabaza, algodón y caña de azúcar, se sumó el desarrollo de un importante comercio que unía a Centroamérica, a través de los puertos en las bahías de la Ascensión, el Espíritu Santo y Bacalar, con las ciudades y pueblos del interior de la península.

Sin embargo, los disturbios provocados por la revolución de Independencia afectaron el desarrollo y condujeron hacia un grave estancamiento económico. Otros factores incidieron para agudizar la crisis, como fueron las prolongadas querrelas entre las dos principales capitales de la península: Campeche, con ideas centralistas, y Mérida, de tendencia federalista, reticente a la confederación con la República mexicana, las pesadas cargas tributarias y contribuciones eclesiásticas para el indígena, el control de las tierras comunales por los terratenientes o por el propio gobierno, así como el endeudamiento en las haciendas. La situación económica de los mayas había empeorado; su vida discurría bajo mayores presiones y cargas, al grado de anhelar los tiempos de la Colonia.

La inestabilidad política se reflejaba en los continuos pronunciamientos militares, cada vez más frecuentes a lo largo del siglo XIX. Se hizo costumbre que en las refriegas participaran los indígenas, carne de cañón atraída y reclutada bajo la siempre falsa promesa de que al final de la guerra habría devolución de tierras, exención de pago de impuestos y otros anhelados beneficios. Al final la historia fue siempre la misma: una vez que el promotor del movimiento lograba sus objetivos y se apostaba en el poder, se olvidaba tanto de las promesas como de los mayas.

Ante tal situación, el advenimiento de un conflicto social se anunciaba cada vez más evidente y así fue; llegó sin ambages, cruel y sangriento, implacable y prolongado, pues por más de medio

siglo habría de ensombrecer la historia de Yucatán con su triste secuela de caos y violencia.

Efectivamente, en febrero de 1847, el coronel José Dolores Cetina promovió un levantamiento para apoyar a Miguel Barbachano en contra del gobernador provisional López de Llergo, quien había ganado las elecciones. Como había sucedido en otras ocasiones, se reclutaron indígenas bajo mil promesas y ambos bandos se prepararon para la batalla, pero “Ninguna de las facciones se dio cuenta de que los indios de varios pueblos, como Chichimilá, Ichmul y Tihosuco, se habían puesto en movimiento”.⁷

Hacia julio del mismo año, Manuel Antonio Ay, cacique de Chichimilá fue sorprendido con una carta comprometedora que revelaba la gestación de una rebelión indígena, por lo que fue detenido: juicio sumario en Valladolid y fusilamiento inmediato junto con otros involucrados.⁸ Se pensó ingenuamente que la rebelión había sido aplastada, pero no fue así, pues el 30 de julio de 1847 Cecilio Chí atacó Tépich, mató al sacerdote y masacró a una veintena de familias yucatecas, dando así inicio a la rebelión que se conoció como la Guerra de Castas de Yucatán (figuras 1 y 2).

Con este movimiento los mayas buscaban, en un principio, la exención de pago de impuestos, la reducción e igualdad de precios en los derechos sacramentales, uso y dominio público de los ejidos y supresión de la servidumbre por endeudamiento en las haciendas. Sin embargo, a lo largo del tiempo y de acuerdo al curso que tomaron las cosas, los ideales cambiaron y el movimiento se convirtió en una verdadera búsqueda por la independencia definitiva; ya no se

⁷ Nelson Reed, *La Guerra de Castas de Yucatán*, México, Biblioteca Era, 1987, p. 47.

⁸ Fidelio Quintal M., “Proceso y ejecución de Manuel Antonio Ay Tec. Caudillo campesino de Chichimilá, Yucatán”, en *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, vol. 13, núm. 76, Mérida, 1986, pp. 21-43.



Figura 1. Iglesia de Chichimilá, frente a la cual fue ahorcado Manuel Antonio Ay. Fotografía de L. A. Martos, 2008.



Figura 2. Iglesia de Tepich, donde inició la Guerra de Castas. Fotografía de L. A. Martos, 2008.

trataba de exigir ciertos derechos, sino de arrebatarse al hombre blanco las tierras que había robado desde la Colonia, de allí que la guerra se mantuviera por más de 80 años, desde 1847 hasta 1929.

Los mayas atacaron y saquearon numerosos pueblos y ciudades importantes como Chikindzonot, Tekax, Ticul, Bacalar y Valladolid, mientras los blancos se replegaban hacia Mérida, donde se pertrecharon sin muchas esperanzas, porque los mayas atacaban con tal fiereza que no se creía que hubiera forma de detenerlos; la única posibilidad de salvación efectiva sería escapar hacia el norte, al puerto de Sisal, y abandonar para siempre la península.

Pero el milagro sucedió: los mayas nunca atacaron; más aún, abandonaron las armas. Al fin y al cabo gente arraigada a la tierra, se habían dado cuenta de que venía el tiempo de lluvias y no tendrían tiempo para preparar las milpas, así que prefirieron volver a los campos.

Los blancos aprovecharon la inesperada tregua y vino entonces el terrible contraataque, incendiando campos de cultivo, masacrando y saqueando pueblos enteros, lo que, junto al asesinato de los grandes jefes mayas, Cecilio Chi y Jacinto Pat, sumieron a los mayas en una serie

de derrotas y al fin en un estado de desilusión y desencanto.

El centro de Quintana Roo fue, desde los inicios de la guerra, la zona medular del conflicto, escenario donde se escribieron grandes episodios de esta cruenta historia: batallas, saqueos, matanzas y aun el nacimiento de un nuevo y poderoso cacicazgo basado en la fe y fidelidad hacia una cruz que hablaba.

Efectivamente, hacia 1851 una gavilla de mayas rebeldes expulsados de Kampocolché y comandada por el mestizo José María Barrera, llegó a la región que hoy se conoce como Felipe Carrillo Puerto. Allí, en la tierra de nadie, encontraron un cenote de agua dulce en donde se levantaba un caobo con una pequeña cruz burdamente labrada, hecho que a los mayas les pareció un milagro.

José María Barrera fraguó entonces un ingenioso plan: sabía que su gente estaba cansada y derrotada, y entendió que necesitaban una nueva ilusión, algo que les diera fuerza y cohesión, así que pidió a Manuel Náhuat, uno de sus asistentes y diestro ventrílocuo, que le ayudara en la empresa.

La siguiente ocasión en que los mayas fueron por agua al cenote, la cruz habló; era la voz del



Figura 3. Lugar donde estuvo el caobo con la Cruz Parlante, Felipe Carrillo Puerto. Fotografía de L. A. Martos, 2008.

mismo Dios y encarnación de la propia Virgen con un mensaje mesiánico de salvación y esperanza: los mayas eran su pueblo y ella ayudaría para que vencieran al blanco, al odiado dzul que los había oprimido por tanto tiempo; había que resistir al enemigo sin temor, pues ella los protegería de las balas del blanco. Ese día la cruz no sólo ordenó retomar la guerra y atacar Kampocolché, sino que también nació un importante culto y se fundó un santuario que a la postre se convirtió en un floreciente pueblo: Chan Santa Cruz, “Santa crucecita”, capital y corazón de los mayas rebeldes quienes, a partir de ese momento, adoptarían el nombre genérico de cruzoob, es decir: “los cruces” (figuras 3 y 4).

Desde Chan Santa Cruz los mayas se reorganizaron, atraieron a otros grupos beligerantes, fundaron nuevos asentamientos y establecieron



Figura 4. Iglesia de la Cruz Parlante en Chan Santa Cruz, hoy Felipe Carrillo Puerto. Fotografía de L. A. Martos, 2008.

un gobierno militar-religioso jerárquico; por supuesto se organizaron nuevos ataques contra numerosas poblaciones blancas:

Mucho se ha repetido que el culto a la Santísima unificó a los mayas derrotados y dispersos, les dio cohesión e identidad de pueblo elegido y les proporcionó la fuerza ideológica para continuar la lucha. Pero no se ha hecho suficiente hincapié en que el culto a la Cruz Parlante resolvió la contradicción entre la debilidad y la fuerza de combate de los mayas, proporcionando una autoridad no sólo superior a la de todos los jefes, sino sobrenatural, divina, providencial, a la que todas las facciones se plegaron con convencimiento, lealtad y hasta devoción. Al mismo tiempo, el culto incorporó a su organización la estructura de facciones y de compañías independientes sin romperla.⁹

⁹ Lorena Careaga V., *op. cit.*, p. 104.

La mayoría de los pueblos de la región fueron abandonados y la gente, impelida por el miedo, emigró hacia lugares más seguros de Yucatán, Campeche y aun de Belice. En contraste, el emplazamiento de poblaciones y campamentos efímeros adquirieron gran importancia para los crucoob, porque era la única manera para proteger y afianzar las tierras y los pueblos arrebatados a los blancos; era, en suma, una estrategia de guerra.

El camino fortificado

Desde la fundación de Chan Santa Cruz hubo numerosos intentos por parte de los yucatecos para abrir un paso franco a través del territorio enemigo y tratar de someter la capital rebelde. Algunas campañas infructuosas fueron la del coronel Novelo en 1851; la del coronel Ruz, en 1854; la de Pablo Antonio González en 1855, y quizás una de las más lamentables y desastrosas fue la del coronel Pedro Acereto, quien en 1860, con más de 2800 efectivos, llegó hasta Chan Santa Cruz, la que, para su sorpresa, estaba totalmente desierta, pero sólo para descubrir que era una trampa y que estaba atrapado en ella. Después del asedio, la expedición logró escapar, pero con inmensas bajas de casi 50% de los hombres.¹⁰

Los mayas se habían especializado en la guerrilla; desde sus fuertes y barricadas apostaban francotiradores en puntos estratégicos para detener y desconcertar a los blancos. Por otra parte, la densa vegetación fue un aliado que los mayas supieron aprovechar; así, cuando el ejército marchaba penosamente a través de las estrechas y sinuosas brechas que constituían los caminos, los mayas se aproximaban sigilosamente por el monte para saltar inopinadamente sobre el ate-

rorizado adversario y masacrar a machete limpio a los soldados:

La experiencia adquirida en catorce años que hace que existe esta lucha, demuestra que por la vía de las armas y con los elementos con que cuenta el Estado, es imposible, de toda imposibilidad, someter al orden a la raza sublevada [...].¹¹

Por lo anterior, ni el ejército yucateco, ni el del Imperio, ni el de la República Restaurada lograron someter a los crucoob. Había que desarrollar una estrategia de avance y finalmente sucedió durante el Porfiriato, a finales del siglo XIX.

El presidente Porfirio Díaz comisionó al general Ignacio Bravo, gran estratega y amigo personal, para organizar una expedición y someter de una buena vez a los molestos indígenas, pues habían fastidiado el desarrollo de Yucatán por casi 50 años. El general asumió con seriedad su compromiso; entendió que había que cambiar las condiciones de los caminos, de tal forma que no fueran favorables para la guerrilla y el ataque sorpresa. Se necesitaba de un nuevo camino con posibilidades de ser defendido.

El 11 de octubre de 1895 partió de Mérida el general Lorenzo García con el 6o. Batallón de línea, una compañía del 22o. Batallón y tres guardias nacionales, con la finalidad de abrir un camino para llegar a Chan Santa Cruz y finalmente someter a los mayas rebeldes. Tres años después, en 1898, se unió a la expedición el resto de las compañías de ambos batallones.

De acuerdo a una carta del general Bravo sabemos que el 22o. Batallón estaba integrado por tres jefes, 24 oficiales y 500 efectivos de tro-

¹⁰ Serapio Baqueiro, *Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán desde el año de 1840 hasta 1864*, Salvador Rodríguez Losa (ed.), Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1990.

¹¹ Juan Suárez y Navarro, "Informe sobre las causas y carácter de los frecuentes cambios políticos ocurridos en el estado de Yucatán", en *La Guerra de Castas. Testimonios de Justo Sierra O'Reilly y Juan Suárez Navarro*, México, Conaculta (Cien de México), 2002, p. 148.

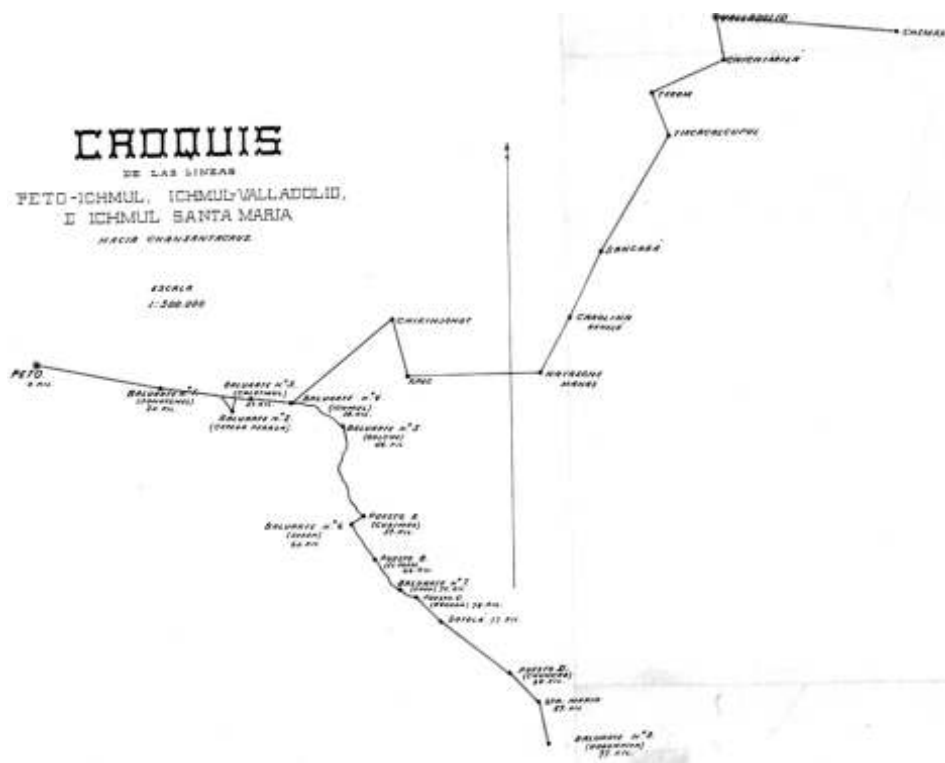


Figura 5. Plano militar que muestra la traza del camino con el sistema de fortificaciones. *Croquis de las líneas Peto-Ichmul, Ichmul-Valladolid e Ichmul-Santa María*. Ca. 1898, México, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Quintana Roo, 6910-25.

pa, mientras que el 6o. Batallón incluía un total de tres jefes, 25 oficiales y 500 hombres.

En ese mismo año la avanzada llegó hasta Yo'okop, donde el jefe de la compañía, el general Bravo, mandó construir dos fortalezas, pues pensaba que allí podrían comenzar las hostilidades contra los mayas. Ambas construcciones corresponden al actual baluarte de Yo'okop y al fortín de la Loma, en donde tuvimos la oportunidad de trabajar por parte del Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1997 y de los que hablaremos adelante.

La construcción del camino tenía una extensión de 161 km; iniciaba en la población de Peto, concluía en Chan Santa Cruz y estaba protegido por una línea de ocho baluartes y cuatro puestos.

Del análisis de un plano militar de la época que se encuentra en la Mapoteca Manuel Orozco y Berra, es posible seguir tanto la traza del camino como la disposición de las fortificaciones: 20 km al este de Peto se localizaba el Baluarte 1; siguiendo hacia el este, en el km 27 se localizaban los baluartes 2,

“Cepeda Peraza”, y 3, “Calotmul”; en el km 38, hacia el este, se localizaba el Baluarte 4, “Ichmul”, apostado en la población del mismo nombre, en el cruce-ro con el camino que hacia el noreste se dirigía a Chikindzonot; hacia el sureste, en el km 46 se levantó el Baluarte 5, “Balché”; siguiendo hacia el sureste, en el km 59 estaba el Puesto A, “Huay Max”, en la población del mismo nombre, y 1 km al suroeste, en el km 60, estaba el Baluarte 6, “Sabán”, en la población del mismo nombre. A partir de este punto el camino siempre sigue la dirección sureste y así, en el km 66, estaba el Puesto B, “El Pozo”; en el km 72 se levantó el Baluarte 7, “Yo'okop”; en el km 74 estaba el Puesto C, “La aguada”, precisamente en las orillas de la aguada de un importante sitio arqueológico que hoy se conoce como Yo'okop; en el km 77 se encontraba la población de Dzoyolá, que aún existe; en el km 84, el Puesto D, “Chuhcab”; en el km 89 la población de Santa María y, en el km 97 el Baluarte 8, “Hobonpich”, a 64 km de Chan Santa Cruz (figura 5).

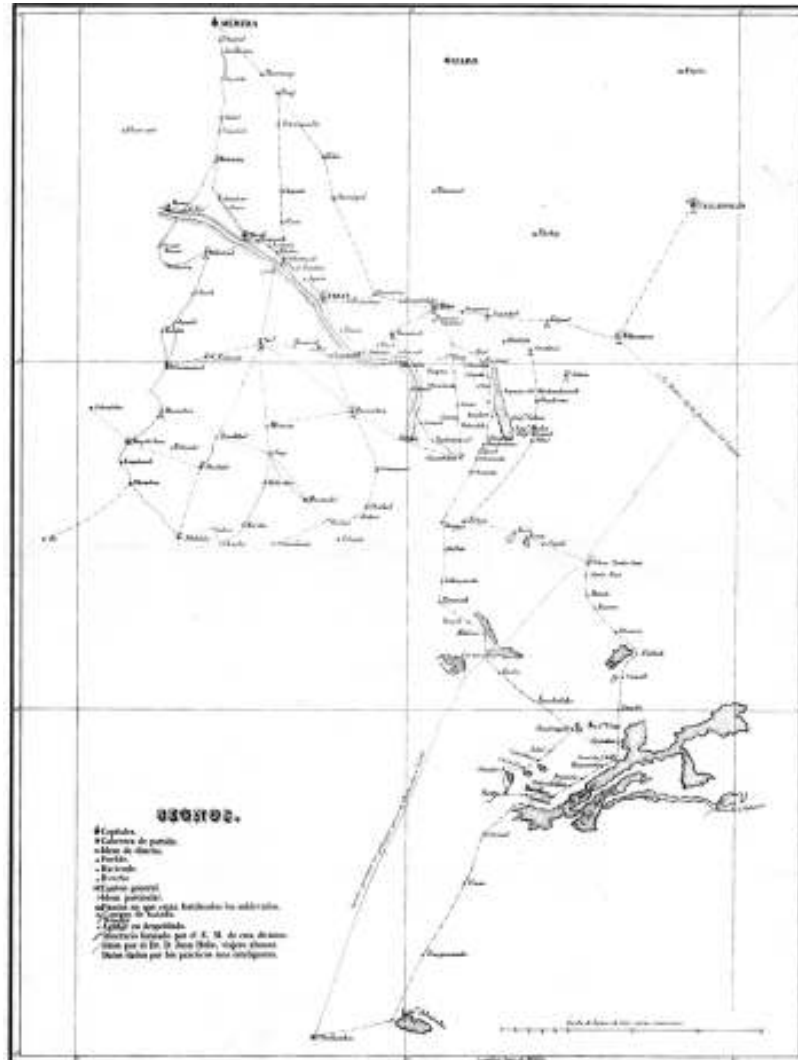


Figura 6. Mapa que muestra la zona de guerra al momento de la construcción del camino. Croquis del teatro de guerra que actualmente se sostiene en el estado de Yucatán contra los indígenas sublevados mandado formar por el Sr. General de Brigada del Edo. de Puebla, Comandante General del de Yucatán y en jefe de la División de su nombre Don Rómulo Díaz de la Vega. Ca. 1898, México, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Quintana Roo, 6844K-25.

Aparentemente el camino sigue una traza que ya existía quizá desde época prehispánica y que se mantuvo durante el periodo colonial, pero lo que hizo el general Bravo fue ensancharlo en una amplitud de entre 100 y 150 m, limpiando completamente de árboles y maleza, para detectar cualquier movimiento y prevenir el ataque enemigo. El camino además corre al pie de una cadena de lomeríos que desde la sierrita del Puuc, en el noroeste de Yucatán, se despren-

de hacia la región de Bacalar, en la costa oriental. La ventaja del emplazamiento fue que permitió la construcción de baluartes adicionales y puestos de vigilancia en los cerros, para reforzar la vigilancia, el control y, por ende, la seguridad de las tropas.

En otro plano militar del acervo de la Mapoteca Orozco y Berra, se aprecia lo que se conoció como el “teatro de guerra”, es decir, la vasta región afectada por la guerra (figuras 6 y 7).



Figura 7. Vista del camino y del campamento en Nohpop. *Álbum fotográfico de la campaña del General Bravo*. Ca. 1901, Mérida, Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona.

El baluarte de Yo'okop

El baluarte de Yo'okop se localiza a 8 km al sureste del actual poblado de Sabán, en el ejido del mismo nombre y a sólo 3 km al sureste de la zona arqueológica, antiguamente conocida como Okop, en la zona central del estado de Quintana Roo.

Este fuerte con todas sus instalaciones es precisamente un claro ejemplo del sistema de fortificaciones del camino. Tiene planta cuadrada de 55×57 m y está orientado más o menos en dirección sur-norte, con la fachada principal viendo a este último rumbo. En cada una de las esquinas hay un baluarte de planta pentagonal de 15×19 m, muy al estilo de los antiguos fuertes españoles de la época colonial. Tanto en el baluarte noreste como en el noroeste hay recintos de planta cuadrangular de 3.5×2.5 m, los que resultan muy interesantes por ser construcciones subterráneas, es decir, se excavó el área requerida y luego fue recubierta con muros de mampostería, recubrimiento de yeso pintado en ocre y pisos enlosados. Los espacios contaban con escalinatas de madera y hay evidencias de haber estado techados con vigas y un entarimado. Seguramente se trata de sótanos para guardar armas, parque, pólvora o algún otro tipo de objetos (figuras 8 y 9).



Figura 8. Estado actual de uno de los baluartes del Fuerte de Yo'okop. Fotografía de L. A. Martos, 1997.



Figura 9. Detalle de uno de los cuartos semisubterráneos de los baluartes. Fotografía de L. A. Martos, 1997.

Más o menos a la mitad de la fachada occidental se forma un quinto baluarte de 21×9 m, pero de planta irregular, el que fue clausurado en alguna época para ser convertido en basurero, conservándose gran cantidad de botellas de agua quina y aguardiente de principios del siglo xx.

Las murallas están conformadas por sillares de piedra bien labrada, que posiblemente fueron acarreados del sitio arqueológico de Yo'okop, unidos con mortero y recubiertos por yeso, del que se conservan algunos fragmentos pintados de ocre. En general, la anchura de los muros varía de 2 a 2.20 m salvo en la fachada sur en donde es de apenas 1.40 m (figura 10).

El acceso se encuentra en la fachada norte, a 7 m del baluarte noreste; mide 6.40 m de anchura y tiene en el umbral un alineamiento de piedras careadas de 8 m de largo, que bien pudo servir de base para un portón de madera.



Figura 10. Aspecto actual de las murallas. Fotografía de L. A. Martos, 1997.



Figura 11. Vista general del pozo y el muro que lo circunda. Fotografía de L. A. Martos, 1997.

La construcción está circundada por un foso de 1.5 m de anchura y una profundidad que varía entre 1 y 2.5 m; solamente frente al acceso hay un puente de tierra de 6 × 6 m.

A 6.5 m del acceso hay un pozo que aún sigue surtiendo de agua a la gente del ejido; mide 3 × 2.5 m y está construido con mampostería, con bloques de piedra y argamasa; en algunas secciones conserva fragmentos de recubrimiento de yeso pintado de color ocre. En una de las esquinas se localizó una inscripción lograda con rajuelas de piedra ancladas en las juntas y que reza: "Fuerte de Yokob". Cabe mencionar que el área del pozo está delimitada por un muro de 2 m de anchura.

El agua se localiza a casi 8 m bajo el nivel de piso actual, pero a 1 o 1.5 m del agua, sobre la pared oeste, hay una pequeña puerta que evidentemente conduce a un pasillo subterráneo y que quizá comunicaba con otro sector del fuerte hoy azolvado (figura 11).

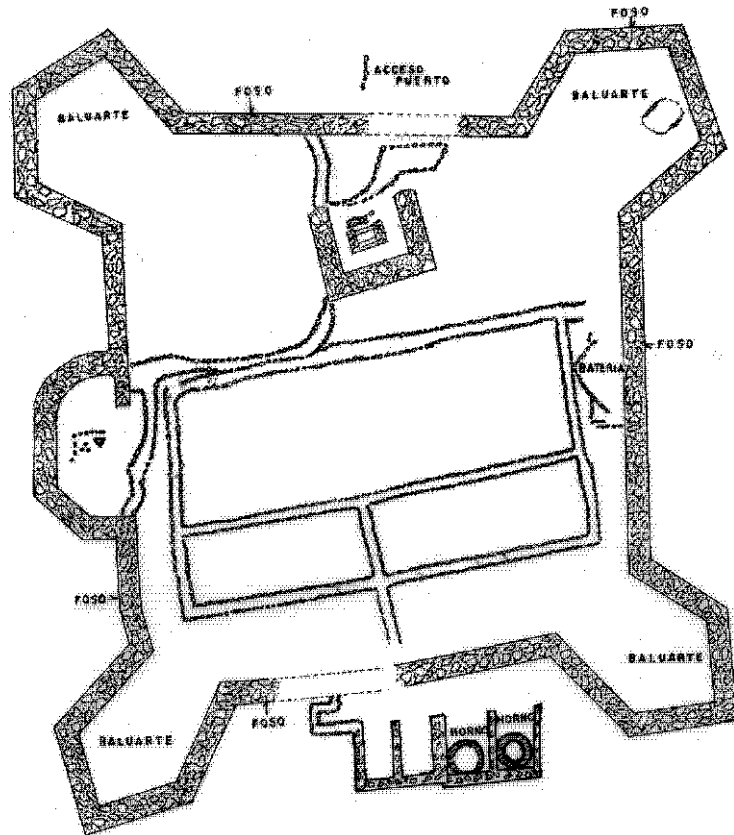
De la esquina noroeste de la construcción que protege al pozo se desprende un murete de casi 20 m de longitud que se une al baluarte cegado de la fachada occidental; desconocemos la razón de esta sectorización, aunque podría corresponder a una época posterior al abandono.

En la fachada posterior o sur, muy cerca del baluarte sureste, el foso se ensancha hasta 11 m,

para albergar una construcción de mampostería de 18 × 7.5 m. constituida por cuatro crujías: dos en el ala oeste de 6 × 3 m y dos en el ala oriental de 6 × 4 m. Las dos últimas albergan sendos hornos de mampostería de 3.5 m de diámetro; el interior es espacioso y está lleno de cenizas, lo que habla de un uso intenso. Es posible que estas construcciones fueran las cocinas del fuerte, aunque por las dimensiones y características de los hornos también cabría la posibilidad de que hubieran sido áreas para forjar munición y otros pertrechos de guerra (figuras 12-15).

Existe además una serie de andadores internos o áreas de circulación, que son una suerte de corredores angostos, empedrados, de no más de 1 m de ancho. Se localizaron restos de los pasillos paralelos a los muros periféricos occidentales (frente al baluarte occidental), sur (frente a la zona de hornos), oeste (frente a la estructura denominada batería este), así como dos de circulación interna, ambos en dirección este-oeste. Finalmente, el corredor sur es un angosto pasillo perpendicular que conduce a la zona de hornos (figura 16).

En el área comprendida entre el acceso principal del fuerte y el pozo se observa parte de un empedrado, aunque en muy malas condiciones de conservación y que cubre un área aproximada de 35 m².

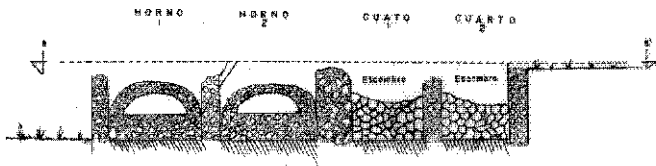


**FUERTE DE YO'OKOP
PLANTA**



Dib. Mg. G. García Cárdenas

Figura 12. Planta general del Fuerte de Yo'okop. Levantamiento por L. A. Martos y E. Rodríguez, 1997.



**FUERTE DE YO'OKOP
CORTE DEL SECTOR DE LOS H**

Dib. Mg. G. García Cárdenas

Figura 13. Corte del sector de los hornos del Fuerte de Yo'okop. Levantamiento por L. A. Martos y E. Rodríguez, 1997.



Figura 14. Vista general de la zona de cuartos con los hornos. Fotografía de L. A. Martos, 1997.



Figura 15. Detalle de los hornos. Fotografía de L. A. Martos, 1997.



Figura 16. Detalle de uno de los andadores. Al fondo se aprecia uno de los baluartes. Fotografía de L. A. Martos, 1997.



Figura 17. Tiradero de botellas localizado en uno de los baluartes. Fotografía de L. A. Martos, 1997.

En el sector oriental del fuerte se reconocieron los restos de una estructura arquitectónica que ocupa un área de casi 40 m²; se trata de una plataforma rectangular sobre la cual desplanta un terraplén semicircular que se levanta unos 60

cm de la superficie actual del terreno. En el extremo norte se localizó una rampa que permite el ascenso al semicírculo y que parece haber sido una base para emplazar cañones.

Además de los trabajos de reconocimiento y levantamiento del plano del fortín de Yokob, se realizó un reconocimiento en los alrededores y se descubrió que, en torno a esta construcción, hay cimientos de casas, parapetos, andadores, basureros con numerosas botellas y fragmentos de desechos de metal, por lo que el fuerte forma parte de todo un complejo de construcciones y fortificaciones (figura 17).

El ejército no viajaba solo, sino que un grupo de comerciantes, asistentes, pordioseros y aun prostitutas, emplazaban efímeros campamentos en torno a los puestos militares, en donde se ofrecían productos y servicios a cambio de una parte de los salarios de la soldadesca.

Se localizó también un complejo de fortificaciones que se levanta muy cerca, sobre una colina al sur de Yo'okop y que bautizamos como el "Baluarte de la Loma". Se trata de una fortificación delimitada por un sólido muro de 1 m de ancho, que conserva una altura que varía entre 50 cm y 1 m. Mide aproximadamente 60 × 25 m y está emplazado en un eje más o menos sureste-noroeste; su planta es irregular, aunque más o menos está integrada por un sector rectangular que se extiende de este a oeste, con una proyección o apéndice hacia el sureste y que remata en un baluarte de planta poligonal. La forma irregular se debe, indudablemente, a que la construcción se adaptó al relieve del terreno; de hecho, el sector sur es mucho más alto respecto al norte, con un desnivel de terreno de más de 5 m.

En la esquina noroeste del baluarte se abre el único acceso que consiste en un claro sobre el muro de 3.50 m; frente al acceso, a unos 3 m se extiende un muro que seguramente funcionó como parapeto de protección y junto a éste hay dos muros de



Figuras 18. Dos aspectos del Fuerte de la Loma en la actualidad. Fotografías de L. A. Martos, 1997.

2.5 m de largo perpendiculares a la muralla, de tal forma que se obliga a que la entrada al recinto sea lateral, a través de sendos pasillos estrechos de 1.5 m de ancho. Los muros están manufacturados con sillares de piedra caliza más o menos devastados, aunque se localizaron muchos bloques muy bien careados que bien pudieron ser obtenidos de las estructuras arqueológicas cercanas. De igual forma, se conservan algunos sectores de repellado con pintura de color ocre (figuras 18 y 19).

El Fuerte de la Loma no es una estructura aislada; por el contrario, después de una inspección general se localizaron muros de contención, terrazas y fosos, por lo que sin duda estamos frente a un muy complejo sistema de fortificaciones.

En la Biblioteca Crescencio Carrillo y Ancona de Mérida se conserva un álbum de fotografías de la campaña de Bravo, en donde hay dos imágenes

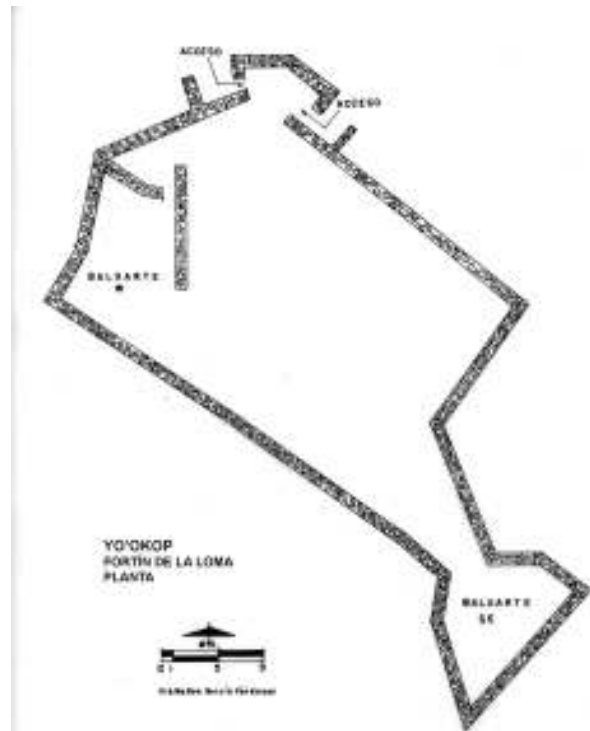


Figura 19. Planta general del Fuerte de la Loma. Levantamiento de L. A. Martos y E. Rodríguez, 1997.

del baluarte de Yo'okop: la primera es una toma de noreste a suroeste, por lo que se aprecia el foso y varias palapas que albergarían los dormitorios, la cocina, el comedor, las oficinas y las bodegas; de igual manera se aprecian en el fondo las instalaciones del Fortín de la Loma (figura 20).

La segunda es una vista desde el sureste en donde se observa la fachada principal del fuerte, con sus baluartes y troneras en plenitud (figura 21).

Siendo capitán de Yo'okop Aureliano Blanquet, los fuertes fueron atacados por los mayas en dos ocasiones, pero fueron rechazados; se retiraron y acamparon junto a la aguada, en la zona arqueológica cercana. El hecho fue comunicado al general Bravo, quien se encontraba en Peto e inmediatamente acudió con 100 hombres de Sabán. Organizó una expedición con casi toda la guarnición de Yo'okop más los refuerzos; atacó con éxito a los mayas derrotándolos en su



Figura 20. Baluarte de Yo'okop, vista desde el noreste. *Álbum fotográfico de la campaña del General Bravo. Ca. 1901, Mérida, Biblioteca Cresencio Carrillo y Ancona.*



Figura 21. Fachada principal del baluarte de Yo'okop. *Álbum fotográfico de la campaña del General Bravo. Ca. 1901, Mérida, Biblioteca Cresencio Carrillo y Ancona.*

propio campamento. Sin embargo, los crucoob se rehicieron y volvieron a perpetrar un tercer y desesperado ataque contra el baluarte, pero todo resultó en vano; después de una cruenta batalla, fueron finalmente derrotados y obligados a huir hacia el oriente.

Quizá por las anteriores escaramuzas es que el general Bravo decidió instalar un nuevo puesto junto a la aguada, para evitar nuevas sorpresas y para bloquear el suministro de agua de las tropas mayas. Los doctores J. Shaw y D. Johnstone, quienes han trabajado la zona arqueológica de Yo'okop, encontraron una serie de fortificaciones que resultan de interés:

La temporada del 2000 se concluyó con la definición de una serie conectada de fortificaciones que se encuentran por la parte suroeste del Grupo B. Se descubrieron fortificaciones adicionales en el Grupo B en el 2001. Además de identificar una albarrada en la estructura N5W2-7, la cual ayudaba a encerrar más la plaza fortificada al oeste de la acrópolis del sur, la estructura N5W1-1, se descubrieron dos nuevas zonas amuralladas.

En 2001, un nuevo grupo de fortificaciones del Grupo B fue descubierto al norte de la acrópolis del sur. Esta plaza está encerrada por una serie de albarradas y bardas bajas, las cuales habrían apoyado empalizadas percederas. De interés se nota que las paredes se extienden hacia adentro desde

la base baja de la empalizada en cuatro lugares. Todas las estructuras en el área de la plaza (las estructuras N6W1-2, N6W1-3, N6W1-4, N6W1-5, N6W1-6, N6W1-7), excepto la plataforma redonda estructura N6W1-9, formaban parte del sistema de fortificaciones que rodeaba la plaza. Igual a las fortificaciones descubiertas en el 2000, las albarradas y la base de empalizada se colocan relativamente tarde en la secuencia de ocupaciones del sitio, porque corren encima de los edificios, pero no parece que hubieran sido desmanteladas.

Una última fortificación sustancial fue construida al norte de la estructura N8W1-1, la acrópolis norte. Se encorva algo al norte de la estructura N8W1-2, una muralla sustancial limita el acceso al edificio. Sin embargo, los extremos de la muralla no se juntan con ninguna otra construcción de una manera que hubiera proveído una barrera cerrada. Esto indica que la entidad nunca fue completada y/o que otras partes fueron construidas de materiales percederos.¹²

Los autores pensaron que tales vestigios correspondían a una serie de fortificaciones construidas por los mayas durante la época prehispánica, más específicamente durante el periodo conocido como Clásico Terminal y Posclásico Temprano (1000-1200 d. C.), pero en realidad se trata de las instalaciones del Puesto C del general Bravo, que

¹² Justine Shaw y Dave Johnstone, *op. cit.*, p. 68.

efectivamente fue construido aprovechando los montículos arqueológicos a los que se adaptaron muros, rampas y parapetos. Por ello, las descripciones de Shaw y Johnstone resultan especialmente importantes para el tema que tratamos.

A pesar de la posición estratégica del baluarte de Yo'okop, la zona resultó muy insalubre, de tal manera que a lo largo del año enfermaron de paludismo casi 500 soldados; se decidió abandonar el sitio en 1900 y la guarnición fue trasladada a las fortificaciones de Santa María, dejando en Yo'okop una guarnición de 50 hombres. Es muy posible que durante esta época se haya cegado el baluarte occidental, para convertirlo en basurero. De cualquier forma, es probable que el sitio se haya mantenido funcionando hasta 1912, cuando el general Bravo fue destituido de su cargo por el nuevo gobierno revolucionario de Francisco I. Madero y el proyecto de sometimiento de la región rebelde fue abandonado.

Un camino para la guerra (y para el progreso): el plan de desarrollo porfirista

El camino a Chan Santa Cruz fue en realidad la punta de un plan estratégico del gobierno del presidente Porfirio Díaz para terminar con la Guerra de Castas e incluir la región dentro de un ambicioso programa de desarrollo. Para el efecto, el gobierno federal estableció un diálogo con el de la Gran Bretaña, a su vez interesado por establecer su soberanía definitiva en Belice. Ambas naciones resolvieron diferencias y asperezas, pues Belice había sido la fuente del principal suministro de armas y alcohol para los cruzob (a cambio de mercancías y de libertad para explotar maderas en sus bosques), y prometieron apoyarse en las respectivas empresas. Se firmó entonces el Tratado Mariscal-Spencer, en el

que se estableció el río Hondo como frontera entre México y Belice; el gobierno de Gran Bretaña se comprometió a detener el tráfico de armas y el contrabando de maderas.

El Tratado, como era de esperarse, suscitó airadas protestas en los medios intelectuales. Aun cuando el citado documento no hacía referencia explícita a la soberanía británica, de hecho se le estaba concediendo al fijarse límites de la colonia que ocupaban los ingleses. México no sólo perdía jurisdicción sobre las tierras situadas entre el Hondo y el Wallis sino además cedía el Cayo Ambergris y con ello, la entrada a la Bahía de Chetumal.¹³

El segundo paso fue la concesión a particulares yucatecos y empresas extranjeras, para la explotación agrícola y forestal de grandes porciones de monte al norte de Chan Santa Cruz, destacando el “Banco de Londres y México”, las compañías “El Cuyo y Anexas” del empresario yucateco Ramón Ancona Bolio, “East Coast of Yucatán Colonization Co.”, del empresario mexicano Faustino Martínez, y el proyecto de colonización de las tierras baldías de Cozumel e Isla Mujeres contratado por Justo Sierra y Fernando Zetina.¹⁴

De igual modo, se contrató con “Ferrocarriles Sud-Orientales” para la construcción de líneas ferroviarias de Peto a Bahía del Espíritu Santo, de Valladolid a Tihosuco, y de Tihosuco a Bahía del Espíritu Santo, a fin de comunicar e integrar el otrora territorio rebelde con ciudades prósperas e importantes de Yucatán.

En el informe de 1887 la compañía [del Ferrocarril Peninsular] recalcó que el ferrocarril era la clave para terminar la guerra de castas; afirman-

¹³ María Emilia Paz Salinas, *Belize, el despertar de una nación*, México, Siglo XXI, 1980, p. 117.

¹⁴ Lorena Careaga Viliesid, *Quintana Roo, textos de su historia*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1990, vol. I, pp. 334-340.

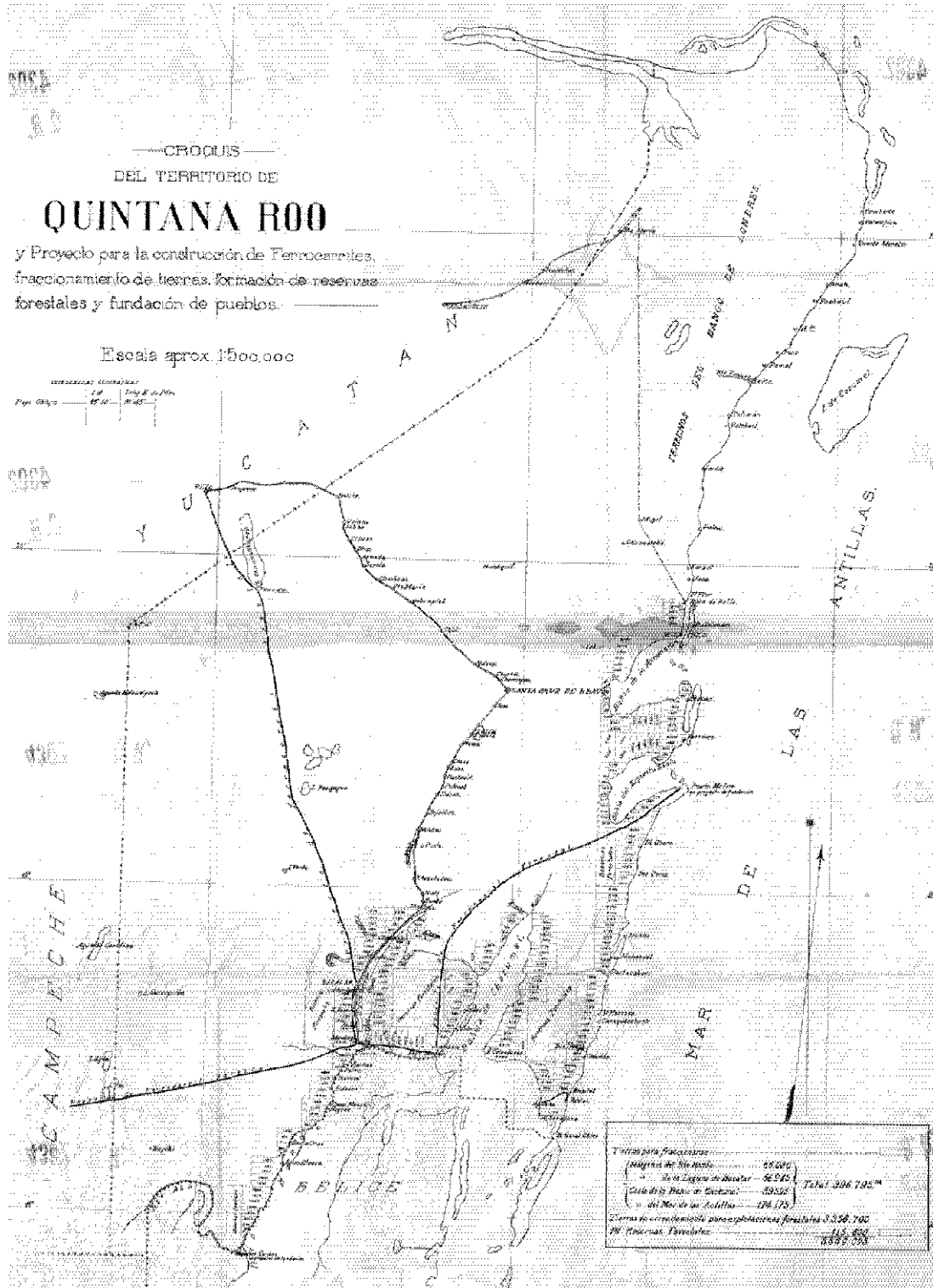


Figura 22. Mapa que muestra el Plan de desarrollo para el antiguo territorio Cruzob, con el camino, las vías ferroviarias y la lotificación. Croquis del territorio de Quintana Roo y proyecto de construcción de ferrocarriles, fraccionamiento de tierras, formación de reservas forestales y fundación de pueblos. México, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Quintana Roo, 8-4302-A-25. Ca. 1902.

do además que el fin de la guerra aumentaría considerablemente el número de terrenos baldíos para ser explotados.¹⁵

El tercer paso fue la creación, en 1902, del territorio federal de Quintana Roo, bajo la administración directa del gobierno central, decisión que provocó gran indignación entre los yucatecos:

La creación del Territorio de Quintana Roo constituye la injusticia más grande y sangrante que se ha cometido contra el pueblo yucateco, y que redujo finalmente la superficie de 198,590 Kms. Cuadrados al mínimo de 38,508 Kms. Cuadrados [...] Así hemos llegado a nuestros días para ver con nuestros propios ojos la forma en que se discrimina e insulta a los yucatecos, hasta conseguir que 14,000 chicleros, que formaban más de la mitad de la población del Territorio, abandonen sus trabajos y sus bienes y retornen a Yucatán para no sufrir las vejaciones de un gobierno manejado por extranjeros o sus descendientes y la persecución denigrante y calumniosa de un "Comité Coordinador Pro Defensa del Territorio de Quintana Roo [...] El gobierno porfirista, al crear el Territorio de Quintana Roo, lo hizo con el exclusivo objeto de repartirlo entre sus cortesanos los científicos, como puede verse en los expedientes que existen en la Sría. De Agricultura donde hay un mapa que señala los límites de estos latifundios [...].¹⁶

Precisamente en un plano de la época que se conserva en la Mapoteca Manuel Orozco y Berra,¹⁷ y que bien podría ser al que alude Mena Brito, se observa el plan de desarrollo porfirista con el camino abierto por Ignacio Bravo desde

¹⁵ John H. Coatsworth, *El impacto económico de los ferrocarriles en el Porfiriato*, México, Era (Problemas de México), 1984, p. 132.

¹⁶ Bernardino Mena Brito, *Historia de las desmembraciones del estado de Yucatán efectuadas por el gobierno nacional*, México, Botas, 1962, pp. 47-49.

¹⁷ *Croquis del territorio de Quintana Roo y proyecto de construcción de ferrocarriles, fraccionamiento de tierras, formación de reservas forestales y fundación de pueblos*, México, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Quintana Roo, 8-4302-A-25, ca. 1902.

Peto, las líneas de ferrocarril y el anhelado proyecto de lotificación del territorio. Destaca la información que menciona 3 356 700 ha de tierras de arrendamiento para la explotación forestal, 396 795 ha por fraccionar, y 115 600 ha de reservas forestales (figura 22).

El último paso fue el desarrollo de una muy bien organizada campaña militar que incluyó la propia apertura del camino de tierra desde Peto, en combinación con un avance por mar, penetrando por Chetumal hacia Bacalar y el establecimiento de un barco acorazado en el río Hondo, "El Pontón de Chetumal", para patrullar la frontera y evitar el tráfico de armas y maderas.¹⁸

En una carta escrita por Miguel Othón de Mendizábal, publicada en *El Universal* del 21 de noviembre de 1929, y citada por Villa Rojas, refiriéndose a esta campaña, se menciona lo siguiente:

Y la campaña comenzó. Balché, Okop, Santa María, Hobompich, Tabí, Nohpop, Sabacché, Chankik, Santa Cruz... ciento cincuenta y dos kilómetros recorridos en tres años de lucha. ¿Resistencia heroica de los Mayas? No, especulación criminal de los altos Jefes militares y de sus paniaguados civiles. Unos cuantos heridos de bala y los hospitales llenos de enfermos [...] anófeles, amibas, latas de manteca rancia y sacos de cereales engorgajados.¹⁹

El final del sueño porfirista de desarrollo

La construcción del camino a Chan Santa Cruz avanzaba a buen ritmo y los mayas no podían hacer nada por detenerla; si bien ofrecieron

¹⁸ Lorena Careaga V., *Quintana Roo. Una historia compartida*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1990, pp. 125-126; Graciela García de Trigo, "Apuntes sobre el proyecto porfirista en Yucatán y su crisis política en 1909", en *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, vol. 12, núm. 71, Mérida, 1985, pp. 3-51.

¹⁹ Alfonso Villa Rojas, *Estudios etnológicos. Los mayas*, México, UNAM, 1985, p. 152.



Figura 23. Los generales Bravo y Cantón con sus oficiales en Chan Santa Cruz. *Álbum fotográfico de la campaña del General Bravo*. Ca. 1901, Mérida, Biblioteca Cresencio Carrillo y Ancona.



Figura 24. Desfile de los batallones 6, 10 y 20 en Chan Santa Cruz. *Álbum fotográfico de la campaña del General Bravo*. Ca. 1901, Mérida, Biblioteca Cresencio Carrillo y Ancona.

alguna resistencia y hubo varias escaramuzas, nunca pudieron contrarrestar la buena organización del ejército, las sólidas fortificaciones y la superioridad de las armas de repetición contra el rifle de una sola carga.

Finalmente, el 3 de mayo de 1901, día de la Santa Cruz, el general Ignacio Bravo entró triunfante a Chan Santa Cruz, sin resistencia, pues los mayas previamente lo habían abandonado (figuras 23 y 24):

La noticia de la toma de Chan Santa Cruz por las tropas federales se difundió rápidamente. Al día siguiente apareció en el Diario Oficial de Yucatán y en otros periódicos. Porfirio Díaz escribió al gobernador Cantón felicitándolo por el triunfo de la campaña e instándolo a repoblar y desarrollar la región de Bacalar. A su vez, Cantón viajó hasta Chan Santa Cruz para mediados de junio, para felicitar a Bravo. El nombre de Chan Santa Cruz fue cambiado por el de Santa Cruz de Bravo, en honor a su conquistador, y el de Bacalar por el de Bacalar de Cetina.²⁰

A partir de ese momento el legendario pueblo sufrió numerosas transformaciones: el templo de la cruz fue profanado, convertido en corral, bode-

ga y prostíbulo; de igual forma se levantaron nuevas construcciones. El antiguo corazón de la rebelión maya se convirtió en el principal punto de paso hacia Bacalar y las bahías, para dar marcha al ansiado plan de desarrollo.

Sin embargo, el advenimiento de la Revolución mexicana puso fin a las expectativas económicas fincadas en el territorio de Quintana Roo. En septiembre de 1912 el general Bravo fue destituido de su cargo por el gobierno del presidente Francisco I. Madero e impelido a abandonar Santa Cruz de Bravo con sus tropas.

Cuando los blancos abandonaron la población, retornaron los cruzoob, destruyeron las nuevas construcciones y limpiaron el santuario, pero ya no podía ser sede del culto, puesto que había sido profanada por los dzules. Así que se marcharon, llevando el culto hacia cuatro nuevos santuarios que todavía hoy persisten en sus creencias: Tixk akal Guardia, donde se guarda la célebre cruz de la guerra; Chumpón, Tulum y Cah Santa Veracruz.

Fue hasta mucho tiempo después, en 1929, cuando se firmó la paz definitiva y los pueblos cruzoob poco a poco comenzaron a integrarse a la vida yucateca; los antiguos asentamientos, abandonados por más de medio siglo, volvieron

²⁰ Gabriel Antonio Menéndez, *Álbum monográfico de Quintana Roo*, México, s. e., 1936, pp. 30-31.

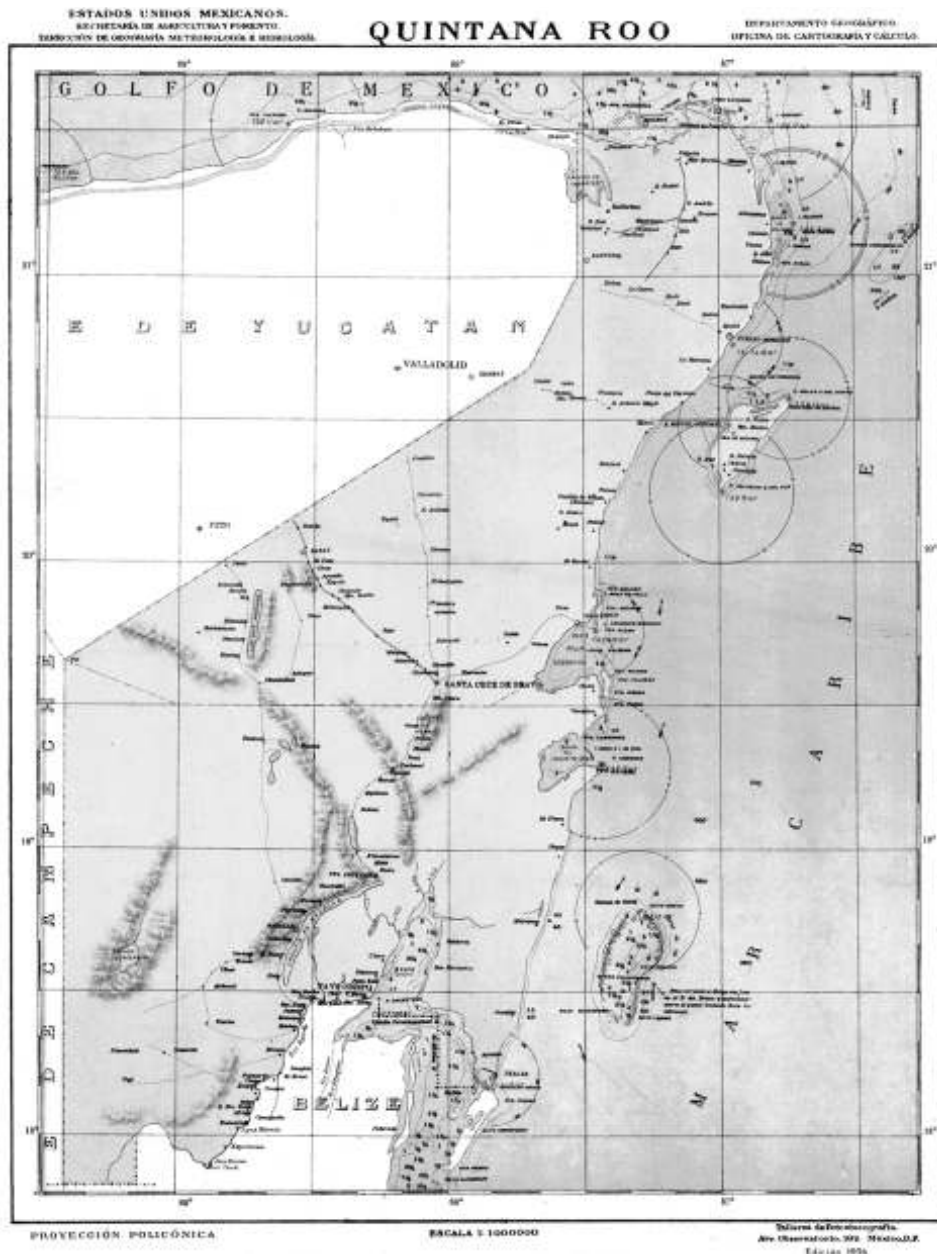


Figura 25. Plano del Territorio de Quintana Roo, donde aún se aprecia la existencia del camino a Chan Santa Cruz abierto por el general Bravo. *Proyección Policónica del Territorio de Quintana Roo*. México, Secretaría de Agricultura y Fomento. Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Quintana Roo, 20397-D-25, 1936.

a habitarse y a llenarse de vida; Chan Santa Cruz devino en el moderno Felipe Carrillo Puerto.

Del camino se puede decir que todavía en 1936 aparecía como ruta hacia Chan Santa Cruz, como se observa en un viejo mapa de ese año que se conserva en la Mapoteca Orozco y Berra (figura 25).

En la actualidad aún se conservan ciertos tramos de la traza original, pero ahora funcionan

como brechas y caminos locales; hay también ciertos vestigios de las fortificaciones, como el Fuerte de Yo'okop y los puestos de La Aguada y El pozo.

Sin embargo, la región es una de las más pobres y marginales de Quintana Roo, en donde la agricultura tradicional, las antiguas creencias, la memoria de la guerra y el culto a la cruz aún siguen vigentes.